

# La nueva caballería

Pablo Antonio CUADRA

"Fueron nuestros abuelos gran tiempo muy lacerados,  
Ca los tenían los moros fuerte-mente arrinconados.  
Magüer mucho lacerio e mucha coyta sofrieron,  
Syempre ganaron, de lo suyo non perdieron,  
Por miedo de la muerte yerro nunca ficieron,  
Todos sus adversarios por aquí los vencieron.  
Cómmo se nos ovvera todo esto olvidar?  
Lo que ellos ovveron a nos todo es de heredar,  
Veniendo a nos en miente non podremos errar,  
Puede-nos todo aquesto de mal fecho librar".

*(Poema del Conde Fernán González).*

\* \* \*

Dos actitudes definen a la juventud hispana contemporánea: Una negativa, de inconformidad. Y otra positiva, de vocación de grandeza. Desesperación y heroicidad.

Se desespera de la vida cuando la vida que se vive no ha sido concebida con fé, raíz de la esperanza. Y la fé se pierde cuando no hay verdad que creer. Vida sin afirmaciones absolutas, vida sin verdades evidentes, vida sin dogmas es vida sin pasión. Es vida burguesa, vida cobarde, con una muerte aterradora como límite y un vacío desesperante como única dimensión.

Las juventudes hispanas de América son juventudes desesperadamente inconformes porque poseen esa Verdad de fé, esa Verdad que creen, la cual está en choque con la realidad vivida. Desesperación cristiana porque nace de una esperanza heroica, porque nace de la necesi-

dad de una vida que crear para tener una vida en que creer.

El caso de nuestra desesperación es el de la posesión de la Verdad mientras estamos desposeidos de nuestra propia vida. Nos desvivimos por la Verdad. Nos reclama una desesperada reconquista. La reconquista de América.

Al perderse la tradición de la Cristiandad en Europa, España se desesperó de la vida europea y quiso salvarla. Pero Europa estaba empeñada en perderse. Y, de este empeño de Europa en perderse y de esa desesperación misionera de España por salvarla, nació la grandeza de América. Porque América se hizo con el modo heroicamente desesperado de la Conquista que fue el escape de la voluntad misionera de España, que fracasando en la salvación del Viejo Mundo, puso toda su desesperada esperanza en salvar al Nuevo. La Verdad que allá se desechaba, se sembró aquí y se regó heroicamente con sangre. La Verdad que Europa desechaba se recogía desesperadamente para la Hispanidad. Parecía que la Verdad, arrojada del mundo, tomaba carta de ciudadanía en España y por medio de España se formaba un mundo para ella. Ese mundo formado para la Verdad fue nuestro mundo hispanoamericano. Nacimos no a una cultura cualquiera, sino a la precisa Cultura del Culto verdadero. Nacimos en unión hipostática a la Verdad. De tal modo identificados al culto de esa Verdad — al Evangelio — que comenzamos a ser americanos cuando comenzamos a ser cristianos. El pueblo no dice "un americano", dice "un cristiano". Es nuestro nombre propio. Porque América fue bautizada al nacer y fue descubierta para que fuera bautizada, y las aguas de su Tradición comenzaron a correr con las primeras aguas de su bautismo.

Así, pues, nuestra Verdad ha sido desposeída de una vida que ya tenía. Y la desesperación por el porvenir es inmensamente mayor cuando la mueve una desesperación del pasado que no puede ser — ni hacerse — presente. Estamos en la condición desesperada de una Tradición que nos empuja con toda su fuerza hacia el Destino (1) y que en vez de encontrar un cauce, encuentra un dique. Una tradición viva (que busca su vida) y que es detenida, por el dique de la Modernidad, en todas sus corrientes, sean éstas las del remanso doméstico, sean las del

(1) Se llama Destino la proyección de la tradición en el porvenir.

raudal místico, sean las que corren por las riberas de lo poético, sean las que abonan las orillas fecundas de lo rústico, sean las de la interna fuente de la conciencia, son las de la comunal vertiente del Estado.

Algo nos detiene en nuestra corriente vital, algo nos está deteniendo desde el día en que se proclamó la Libertad en vez de la Verdad, desde el día en que, en vez de la libertad mayor de la Verdad — que nos hace libres— se prefirió la libertad menor de ser libres hasta de la Verdad, que es el modo escéptico de no ser libres, porque el error se ha tomado la libertad de encadenarnos.

Justa es, pues, la desesperación. Sobre todo, si como sucede en el mapa cristiano de nuestra Hispanidad, tras ese modo violento de negar, existe un violento modo de afirmar.

La misión de nuestras letras, nuestra escolástica misión, nuestra misión misionera es fomentar la heroicidad de nuestra afirmación. Puesto que existe el dique que desespera porque detiene, hay que darle a la tradición detenida la fuerza, el empuje heroico necesario para que el dique caiga y sea barrido. Existe ya ese empuje, hay que engrandecerlo, Existe ya — digo — y esa es la esperanza en la desesperación. Pues el reclamo y arrebató de reconquista ha producido, en nuestras mejores juventudes (quiero recordar las de Colombia), esa otra actitud de vocación de grandeza. Porque saben cuán grande es nuestra Verdad: el ánimo contenido y desesperado — atraído por esa Verdad pero impedido por esos obstáculos — sueña en altas empresas, y labra en secreto gozo la condición del heroísmo que ha de definir — como ya definió a España, Patria Madre — nuestra acción futura.

Este sueño que madura una gesta, débese alimentar. Hay que dirigir la desesperación que nace de una Verdad que se quiere imponer y vivir, hacia la heroica imposición de esa Verdad. Sin reducir la hazaña, sin desorientarla, sin perder de vista que hay un Principio y un Fin, y conforme al principio debe ser el fin propuesto. Conforme nacimos tenemos que re-nacer. Por la señal de la Cruz.

\* \* \*

Si hay que alimentar el anhelo heroico de nuestra juventud desesperada, si se desea la reconquista de América, el retorno de la tradición a la vida — si se necesita una vida que crear para tener una vida en que

creer—, el joven está exigido de vivir su muerte, de apreciar hasta el desprecio su vida, de saber dar, de querer dar la existencia por la esencia, de darle más valor a la vida de la Verdad que a la verdad de su vida, que es en lo que consiste la heroicidad.

¿Cómo lograr este espíritu? ¿Cómo lograr que este espíritu se extienda, que se comunique esta resurrección del espíritu conquistador, del espíritu misionero? ¿Cómo lograr el héroe para América?

—Se logra el héroe dándole el santo.

Dándole el santo a España logró España su reconquista heroica y logró los héroes de su reconquista. El santo produce el héroe verdadero, el héroe de la Verdad, el que ha dirigido su desesperación hacia la Esperanza, que es precisamente, el heroísmo que América necesita: el cristiano heroico, para lograr esa vida heroicamente cristiana que es la vida de su Tradición.

El santo es el hombre que además de ser héroe es un santo, como el bandido es el hombre que además de ser héroe es bandido. Para que América florezca de héroes que no tomen las rutas del bandido —que son las rutas frecuentadas por nuestros héroes sin tradición— debemos darle el alimento heroico del santo, que fue el alimento de España en toda su antigüedad.

Lo que leían los caballeros hispanos medioevales no eran los libros de caballería sino las vidas de los santos. Los caballeros dieron el tema para los libros de caballería. Pero los santos dieron el ánimo y el ejemplo a los caballeros.

Un estudio apenas ligero de los libros que leían los hispanos desde sus primeros siglos hasta el siglo XV, nos demuestra, de manera ejemplar, la fuente de la heroicidad española. Porque los santos no sólo eran la lectura sino el ejemplo vivo, lo que se conversaba y se aconsejaba, lo que se decía y se pensaba cuando se tenía una empresa, o una hazaña, o un deber o una vida entre las manos.

Con ese santo y seña se hizo la España dura y milagrosa de la reconquista. Alimentándose de santos, España se pobló de héroes. Los órdenes de caballería eso eran: órdenes de caballeros que eran héroes porque querían ser santos. Hombres que buscaban causas santas por las cuales morir, porque querían ser mártires.

"Otrosí, mío fijo —dirá el rey Don Sancho en sus "Castygos e

Documentos— para mentes en la hestoria del glorioso Sant Martín, obispo". Y más allá dirá lo que "fizo Sant Isidro" o "ésto dice Sant Agustín" o "aquello entiende Sant Grregorio". Porque don Juan Manuel, o don Sancho, o Pérez de Ayala, o Pedro Alfonso o cualquiera de los pre-clásicos, usan del "exemplo" del héroe pagano, o del dictado del sabio greco-latino, pero la esencia de su pedagogía es el santo. Búsquese a Gonzalo de Berceo y se le encontrará tejiendo vidas de santos en "román paladino". Búsquese las crónicas rimadas, el romancero del pueblo o los poemas de palacio, y por todas partes el santo es tema o ejemplo, presencia de heroísmo o autoridad de consejo.

Es que, con el santo se enseñaba el *modo de obrar*. Ya la doctrina daba la fé. El catecismo aprendido con la leche materna era la Verdad a creer. Simple verdad. "Cree lo que cree la vejezuela y tal como ella lo cree", dice el Rey don Sancho a su hijo. Había que creer lo necesario. Solamente lo necesario. Pero el santo era la Verdad en obras. Era el "que-hacer" cristiano que no tenía límite. Había que obrar. Y para obrar el hispano no ponía fronteras sino ejemplos. Santos. El incesante e infinito heroísmo de los santos.

Y así se hizo la Reconquista y así se fraguó el espíritu de la Hispanidad. Fé y Obras. La fé más simple, la fé más sencilla, la fé del aldeano y de la vejezuela. La fé del "Credo". Y las obras más temerarias y fabulosas, las obras de Guzmán el Bueno y del Cid, de Pelayo y San Fernando. . . .

Los santos empujaban a los caballeros en sus heroicas hazañas. Y los caballeros empujaban a los santos en sus empresas heroicas. Y así los caballeros iban a las cruzadas empujados por un santo como Bernardo. O un santo como Ignacio fundaba su compañía por el modelo de las órdenes de caballería.

El "flos sanctorum" era el jardín milagroso florecido de aventuras que inquietaba y tentaba a las almas aventureras. Sólo en nuestra edad sin fantasía, en nuestra edad materialista y materializada, puede haber sido arrinconado ese libro de las Mil y Una Noche del heroísmo. Ninguna fábula es capaz de seguir el vuelo de la realidad del más tonto de los santos. El más tonto de los santos tiene más sorpresas para la poesía, más caminos para la heroicidad, más velos para la fantasía, que

el más sabio de los poetas y el más venturoso de los héroes.

La novela más quijotesca no podrá nunca compararse con la vida del menos quijotesco de los santos. La fábula más fabulosa nunca podrá tener ese delicado misterio de la realidad de un santo, maromero fantástico en los bordes del milagro y de lo sobrenatural, héroe mágico que juega con la vida y con la muerte, que se escapa a las leyes humanas con la limpieza de un prestidigitador y que, sin embargo, se atiene a esas leyes humanas con la rústica humildad de un pastor campesino.

El santo enseñaba todo el valor de la vida. Las virtudes heroicas para saber vivir una vida heroica, para escaparse de la vida aburrida o para aceptar la vida aburrido y lograr con esa aceptación que la vida presentara el aspecto heroico de un sacrificio y no el aspecto burgués de un aburrimiento. El santo enseñaba todo el valor de la muerte. Las virtudes heroicas para saber morir heroicamente, para despreciar la muerte como último pedazo de la vida, y para apreciar la muerte como principio de eternidad. Pero, sobre todo, el santo enseñaba a poner sobre la vida y sobre la muerte un Ideal, una suprema Causa. A despojarse de la vida y a vestirse de muerte —si era necesario— por ese Ideal. Y a reconocer entre los ideales, cuáles eran merecedores de la vida y cuáles eran merecedores de la muerte. De este modo el caballero hispano—por que caballero hispano era el Rey y era el labriego, era el noble y era el villano, era el Quijote y era Sancho— habían perdido, completamente, la noción de la vida egoísta y vivían holgadamente, como Pedro por su casa, el concepto de la vida cristiana. Eran pecadores pero sabían que pecaban y que el pecado no era una hañaza para vanagloriarse sino una debilidad para arrepentirse. Por eso su heroísmo lo ponían al servicio de la virtud, como la medicina se pone al servicio de la salud, y querían ser héroes para estar vacunados contra la debilidad de la carne.

El santo le enseñaba al caballero a ponerse al servicio de Dios, y el caballero se ponía militarmente al servicio de Dios. Y así se hizo la hispanidad que es el servicio militar obligatorio a Cristo. La espada al servicio de la Cruz. La espada que no siempre hiere, porque sus empresas las acaba —según el Conde de Lucanor— "con fortaleca et con justicia et con la sennal de la Cruz".

\* \* \*

Si toda esa inmensa España heroica de la Reconquista y de los Conquistadores fue obra del ejemplo de los santos; si la vida fervorosa, alta, engalanada de méritos y galana de aventuras de toda nuestra Hispanidad pasada, se debió a que su vitalidad la tomaba de la vida de los santos: yo invito a nuestros jóvenes a que lean y a que den de leer esa lectura de caballeros para que, a como se formó el ayer, se forme el mañana.

Dad el santo si queréis el héroe.

Dar el santo es la misión de nuestras letras. Nuestra escolástica misión. Nuestra misión misionera de fomentar la heroicidad, fomentándola hacia su fin que es, según lo pide nuestra desesperación —nuestra desesperada tradición— el rehacer la vida con fé para que haya esperanza. El tener una vida de Verdad y en la Verdad, una vida cristiana integral. Una historia cristiana.

Dar el santo; pues el santo —según Anzoátegui, martillo de burgueses y escritor de América — "trae la espada y la Cruz y el pensamiento de la muerte y la voluntad heroica, que son las cuatro cosas necesarias para la vida de la Cristiandad".

La vida de los santos es la ventana por la que nuestra juventud puede saltar de la cárcel de la vida burguesa. El santo es el verdadero anti-burgués. El santo es el ser incómodo que nos enseña una vida llena de poesía cristiana a los hombres inconformes que queremos soñar con la Cristiandad de una manera poética. La vida del santo es la aventura heroica que leeremos en nuestra desesperación, como leíamos la novela policíaca para escaparnos de la aburrida lección del colegio. Será el modo de soñar un sueño fecundo. El modo de enloquecernos con una locura que volverá cuerdo al mundo. El modo fantástico de volver a la realidad.

Los nuevos quijotes enloquecidos por estos libros de caballería serán los que emprenderán la aventura de nuestra reconquista.

Diremos a nuestros hijos, a nuestros amigos: "Para mientes en la hestoria del glorioso sant Martín". O leeremos el hazañoso martirio de Miguel Pro, el que dió su vida por México, o las diez y seis mil muertes de los sacerdotes españoles, o la vida sencilla de una Rosa de Lima o de una flor que puede mañana perfumar a Caracas, a Medellín o a

Buenos Aires. Santos para la vida y para la muerte, héroes para lo pequeño o para lo grande. Y caso de que gustemos de la miel ingenua de los antiguos, abriremos los viejos libros de la raza, y diremos en voz lenta e imperial, la prosa de Gutierre Díaz de Gámez en su "Victorial de Caballeros":

*"Fijo muy amado, creed e tened muy firmemente lo que cree e tiene la sancta Iglesia: non sea cosa que vos della arre-dre nin vos mueva. ¿Qué vos diré?—En la sancta fé sois nas-cido, e otra ves regenerado en agua de Spiritu sancto. Si te conviniere de pelear por tu solo cuerpo contra cualquier que dixese la sancta fé católica non ser asi, obligado eres a ello: esta es buena caballeria, la mejor que ningún caballero puede fazer, pelear por su ley e fé, quanto más teniendo la verdad. E si por ventura cayeses entre enemigos de la sancta fé cató-lica, e te la quisiesen fazer denegar, tú debeste aparejar a so-frir todos los tormentos quantos te venir pudiesen: e teniendo e confesando la sancta fé de Jesu Christo fasta la muerte, en esta batalla tan sancta, como suso dixé, al muerto llaman vencedor, e al matador llaman vencido. Toma exemplo de Santiago el caballero, que fué tajado todo por miembros des-de los dedos de las manos e de los pies, todos uno a uno, fas-ta los otros miembros e coyunturas quantas en él ovo; e nun-ca le pudieron fazer negar a Jesu Christo; antes estovo firme como buen caballero. Esta es buena caballeria triunfante".*

(Especial para UNIVERSIDAD CATOLICA BOLIVARIANA)